

A=6

Colises x la canoz

Amida y Bernado

*1<sup>a</sup> m<sup>te</sup>*  
A. B.



Tea 1-20-6<sub>04</sub>

*Amida y Bernado*

L. I.



ARMIDA Y REINALDO.

EN UN ACTO.

PRIMERA PARTE.

POR DON V. R. A.

PERSONAS:

Armida, Princesa de Damasco..... ♀ Sra. Rita Luna.  
Reinaldo, Príncipe de Ferrara..... ♂ Sr. Manuel García.  
Ubaldo, Maestro de Reinaldo..... ♂ Sr. Antonio Pinto.  
Ricardo, Capitan..... ♂ Sr. Felix de Cubas.  
Comparsa de Soldados..... ♀

El argumento es tomado de la conquista de Jerusalem; escrita por el Sr. Torquato Taso.

*Sir onía estrepitosa que vá declinando, de modo que al correrse el telón una música muy suave: el teatro representa una selva que baña el mar, lo mas amena que pueda figurarse: á un lado, sobre un rústico, aunque gracioso asiento, estará Reinaldo durmiendo y Armida contemplándolo; ella tendrá una guirnalda de flores en las manos, y al cesar la música, dice:*

Arm. ¡Qué tranquilo se mira y sosegado en los brazos del sueño el amor mio! mas ; cuándo no descansa dulcemente un amante feliz correspondido? Naturaleza todá mudamente interesada en su descanso miro: las aves que alternadamente cantan, las aguas despeñadas de los riscos, y el viento que soplando blandamente temple los raycs del calor estivo, todo al dulce sosiego contribuye del amoroso imán de mi alvedrio.

Des-

Mca Doa

¿Despertaréle? no; con estas flores,  
 que textió cuidadoso mi artificio  
 ceñir sus brazos quiero, y sorprenderle  
 llegando á despertar: duerme querido,  
 duerme, mi amado bien, duerme alma mía,  
 duerme objeto adorado de un cariño,  
 abrasador del mas sensible pecho,  
 pues aunque todo el tiempo que no miro  
 las luces alhagüañas de tus ojos,  
 estoy considerando que no vivo,  
 sola la persuasion de que descansas,  
 de mis amantes ansias es alivio.

*Música suave, á cuyos compases despierta Reinaldo, y dice:*

*Rein.* ¿Si duermo todavía?... ¿quién mis brazos  
 pudo estrechar con lazos tan floridos?

*Arm.* ¿Quién sino la que solo de mirarte  
 muere de amor su corazon herido?

*Rein.* Si imaginas, dulcísima homicida,  
 que á ser tu prisionero me resisto,

jó cuánto, Armida, ofendes tu hermosura  
 mirate en el espejo fugitivo

de esa apacible cristalina fuente;

y notando los rayos despedidos

de tus ardientes brilladores ojos,

donde sus rayos templá el amor mismo,

esa boca de rosa, y en fin, todo

el imperio de Venus reducido

á las gracias que en tí naturaleza,

con cuidadoso estudio poner quiso,

verás que son en vano otras prisiones,

y que el dichoso estado en que me miro,

ni aun la muerte es capaz de terminarle,

porque el amor es alma, y siendo fixo

que el alma es inmortal, eternamente

debe durar el cautiverio mio.

*Arm.* No tengo yo de hermosa presunciones,

de enamorada sí; porque imagino

que si fuera posible reunirse

todo el amor de quantos se han querido,

formando un solo amor del que te tengo,

aun no pudiera bosquejar los visos;

mas no es amor el mio, es un incendio,

es un volcan tan eficaz y activo,

que penetrando con oculta fuerza

hasta lo mas secreto y escondido

del corazon, le abrasa, le devora

tanto, que ya no puedo resistirlo;

Rei-

Reinaldo, moriré; pero en tus brazos;  
que ellos solo serán sepulcro digno  
de una muger amante sin exemplo,  
á quien de amores mata el amor mismo.

*Rein.* Si piensas excederme, te equivocas;

14 porque en el bello sexò, por destino  
es natural carácter la ternura,  
que fácil se permite al incentivo  
de las dulces pasiones delicadas;

15 pero un hombre criado desde niño  
en las campañas bélicas de Marte,  
cuyo pecho feroz endurecido,

16 iras, sangre y estragos respirando,  
no conoció mas ley *en su albedio* *de la Victoria*

17 que la desolacion y la venganza,  
labrando con ageno precipicio

18 á su gloria y su nombre eterna fama,  
es admirable verle poseido

de amorosa pasion; pero tan grande,

que si amor se perdiera, solo el mio  
extenderse pudiera á todo el orbe,  
renovando el imperio de Cupido.

*Arm.* ¿Y durarán tan finos sentimientos?

*Rein.* ¿Puedes dudar, si los confiesas finos?

*Arm.* No ama, Reinaldo mio, quien no teme.

*Rein.* Temores infundados son delirios.

*Arm.* Dulcísimo embeleso:—

*Rein.* Ducño hermoso:—

*Arm.* Idoló de mi alma:—

*Rein.* Amable hechizo:—

*Arm.* ¿Serás constante?

*Rein.* La firmeza misma.

*Arm.* ¿Qué no me dexarás?

*Rein.* Es desvario;

de solo imaginarlo moriría.

*Arm.* Ven, pues, encantador de mis sentidos,  
en premio de tus ansias, á mis brazos.

*Rein.* Ellos solos pudieran ser alivio:  
de mi amorosa sèd.

*Arm.* ¡Qué dulce gloria!

*Rein.* ¡Qué venturosa union! sin tí es preciso  
morir, pues solo vivo de quererte.

*Arm.* Y yo tan solo de adorarte vivo:

en tanto, pues, que yo al cuidado atenta  
de esta Isla sujeta á mis dominios,  
me aparto un brevè instante de tus ojos,  
tú en la estancia florida de este sitio

*Mca Pda*

procura entretenerme, ó persiguiendo  
de las fieras los pasos fugitivos,  
ó bien de las incautas avecillas  
cortando el vuelo con seguro tino.

*Rein.* En tu ausencia ¿qué puede entretenerme?

pero pues es forzoso, en el florido  
tapete de ese prado que apacibles  
riegan mil arroyuelos cristalinos,  
te esperaté; mas mira que no tardes,  
porque sin tí estoy fuera de mí mismo.

*Arm.* ¿Lo propio que deseo me suplicas?

¡Ah! ¡qué poco ~~que~~ conoces mi cariño!

*Rein.* Yo por el mio mido mis deseos.

*Arm.* Y yo los tuyos por los míos mido;  
pero á Dios, mi Reinaldo.

*Rein.* Armida hermosa,  
todo mi corazon llevas contigo.

*Música, á cuyo compás se presenta una nave, de la qual van descen-  
diendo Ubaldo, Ricardo y comparsa de Soldados armados de  
todas armas, con la divisa de Cruzados.*

*Ubaldo.* Esta, segun las señas, es la Isla  
en donde aquel encantador prodigio  
tiene al jóven Reinaldo en los alhagos  
de su torpe belleza seducido:

¡Ah! ¿cómo pudo con tan vil infamia  
abandonar tan pronto los principios  
de la virtud amable, y entregarse  
tan sin freno á la ley del apetito?

¡O juventud fogosa, oculta fiebre  
de la razon humana, que el peligro  
de las dulces pasiones desconoces,  
buscando en su lisonja el precipicio!  
Mas pues el gran Gofredo á mi cuidado  
fió la empresa de romper los grillos  
de la pasion funesta de Reinaldo,  
vive Dios, que si acaso endurecido  
del honor al estímulo no cede,

lo que no la razon, logrará el brio,  
ó estos amenos campos, que el mar baña,  
de mi muerte fatal serán testigos.

*Ric.* En vano, Ubaldo, conseguirlo intentas,

perque segun la fama, al poderío  
de las artes de Armida todo es fácil;  
los elementos todos á su arbitrio  
obedecen humildes; á sus voces  
se franquean las puertas del abismo;  
en medio de su curso el Sol se para,

y Reinaldo.

y trastornando el orden primitivo de la naturaleza, el universo se gobierna á la ley de su alvedrío: advierte, pues, que servirán las armas puestas á poder tan excesivo.

*Ubaldo.* En la credulidad del vulgo necio, pasa por verdadero y efectivo, lo que es solo fantástica apariencia; y así desprecio yo los artificios de esa alevosa Maga, que sembrando discordia y confusion en los invictos héroes del Ejército christiano, hechizó de Reinaldo los sentidos, porque sabía que á su fuerte brazo eran irresistibles los altivos y fuertes muros que á Salén coronan: pero, si no me engaño, ácia este sitio, en trage extraño, un hombre se aproxima

*Sale Reinaldo.*

*Rein.* ¿ Tropas en esta Isla?... ¿ mas qué miro?

*Ubaldo,* amado amigo:--

*Ubaldo.* No os conozco.

*Rein.* ¿ Qué ya no me conoces, quando has sido mi Maestro? ¿ á Reinaldo desconoces habiéndole educado y dirigido desde su tierna infancia?

*Ubaldo.* Yo me acuerdo que á Reinaldo eduqué; que mis principios en él formáron un ilustre jóven, honesto, generoso, compasivo, prudente, liberal, dócil, afable, cortés, templado, racional, benigno, y sobre todo, un héroe valiente que heredero forzoso del dominio de Ferrara, feliz pudiese hacerle; y como ahora en vos solo distingo, un jóven tierno, muelle, delicado, coronado de rosas y jacintos, viva copia de Adonis, en el trage afeminado, blando y aun lascivo, desconociendo un héroe christiano, os tuve de estas selvas por Narciso.

*Rein.* Justamente esperaba estos denuestos, mas no creí que amar fuese delito.

Mira aquella paloma que á su esposo

le dá mil besos con rosado pico;

Mira cómo lo arrulla y lo festeja,

*Sy*

cómo bate las alas, y con giros  
y tornos lo requiebra blandamente,  
mira cómo formando extraños visos,  
al sol, que en su plumage reverbera,  
se eriza, y despidiendo mil gemidos  
explica su dolor, porque su esposo  
á otra paloma aproximarse ha visto.

Aquel tigre feroz, que la espesura  
atraviesa veloz, es porque ha visto  
salir de la caverna á su querida,  
y la sigue zeloso y vengativo:  
esta palma, si lánguida desmaya,  
es porque le han quitado á su querido:  
todo es amor el orbe, todo ama;  
pues si lo vejetable sensitivo,  
y aun lo insensible ama, ¿ qué me culpas?  
quita el amor del mundo, Ubaldo mio,  
y verás que su máquina soberbia  
perece entre mortales parasismos.

*Ubaldo.* La natural concordia, incauto jóven,  
confundes con la ley del apetito.  
No es delito el amor bien regulado,  
ántes por el contrario, es un principio  
de las operaciones virtuosas,  
que dando al alma nuevo ser activo,  
la enardece, la eleva y la estimula  
para altos hechos de la fama dignos:  
pero una pasión ciega y vergonzosa,  
en donde se conoce el extravío  
del corazon, y degradando al hombre,  
le dexa con los brutos confundido,  
y le cubre de infamia y de ignominia,  
léjos de ser amor es un delirio  
de una voluntad ciega, impetuosa,  
que sorda á los impulsos del juicio,  
en los mismos placeres que ha gustado,  
desconoce el veneno que ha bebido.  
Mas no es este el borron que mas te infama;  
pocos en el exérciço el motivo  
conocen de tu ausencia, é irritados  
al ver que te retiras del peligro,  
te arguyen de cobarde.

*Rein.* Calla, Ubaldo,  
no irrites mas el sufrimiento mio:  
¿ qué victorias lograrón los Cruzados  
que no debiesen á mi brazo invicto?  
¿ los campos de la fertil Palestina,

si-

sino es por mi valor, hubieran sido  
de sus plantas hollados?

*Ubaldo.* Vanamente

tus méritos arguyes; los principios  
de tus hazañas nadie los recuerda,  
y solo ven que en el mayor conflicto,  
quando á Jerusalem cerca Gofredo,  
y quando á hallarse en tan famoso sitio  
el orbe se despuebla, solamente  
falta Reynaldo: ¿y crees te han ofendido  
notándote en tal caso de cobarde?  
te arguyen con razon; lo has merecido.

*Rein.* Pues yo sabré, volviendo á la palestra,

hacerles conocer que soy el mismo  
que siempre fuí; que el ser enamorado,  
no se aparta de ser héroe invicto:  
veráme el Agareno las murallas  
asaltar de Salén, y en su recinto  
ser el primero que tremole al viento  
los sagrados pendones que seguimos:  
dadme unas armas.

*Ubaldo.* ¿Qué? ¿las armas pides?

del grave yelmo y el arnes lucido,  
de la cortante, la fulminea espada,  
no podrás tolerar el ejercicio,  
que los placeres el valor enervan:  
y en tanto que Tancredo el atrevido,  
combate con Argante cuerpo á cuerpo,  
mientras Raymundo á Solimán altivo  
resiste fuerte; en fin, mientras se cubren  
de honor todos los Príncipes unidos  
que siguen las vanderas de Gofredo,  
tiñendo los aceros vengativos  
en la sangre pagana, y á porfia  
la religion ensalzan, tú mas fino,  
mas delicado y tierno entre los brazos  
de Armida bella vivirás tranquilo,  
de sus hermosas damas rodeado,  
y entre blandas delicias sumergido.

*Rein.* No mas Ubaldo, cesa en mis denuestos;

tus razones conozco; ya abomino  
mi ciego error, ya todo á tí me entrego,  
pues de mí justamente desconfio:  
siento en mi pecho ardiendo todavía  
el fuego del amor, mas convencido  
de tu recto dictámen, yo te juro  
por esa insignia que en tu pecho miro;

*Micaela*

y mirar no merezco, que volviendo  
al belicoso campo, el honor mio  
dexaré acrisolado de tal suerte

que en el curso inviolable de los siglos  
diga la fama, si Reinaldo pudo  
olvidarse un momento de sí mismo,  
fabó con sus hazañas sus errores,  
y de inmortal renombre se hizo digno.

*Ubaldo.* Ahora sí, á Reinaldo reconozco;  
las armas viste, y de este fatal sitio  
salgamos prontamente; la tardanza  
nos puede ser funesta: el triunfo es mio.

*Música alusiva á la situacion que dura mientras Reinaldo se viste las  
armas, y luego dice:*

*Rein.* Ahora que vistiéndome las armas,  
nuevo ser me parece que he vestido;  
vamos, Ubaldo, al punto.

*Al tiempo de irse, sale Armida.*

*Arm.* ¿A dónde, ingrato?

*Ubaldo.* ¡Fatal encuentro!

*Rein.* ¡Bárbaro conflict!

*Arm.* ¿Callas, tirano, callas, y aun desdénas

que se encuentren tus ojos con los míos?

¿con el silencio solo me respondes?

¿á mirarme no vuelves? ¿en qué has visto

que te ofendiese Armida? ¿es este el pago

á tanto amor, á tanta fé debido?

¿dónde está la constancia prometida?

¿dónde aquel corazon tan tierno y fino?

discúlpate á lo ménos, que me ofende

mucho mas el silencio que el desvío.

*Rein.* ¿Te juré eterna fé? sabré cumplirla;

pagaré tu favor; pero es preciso

que me ausente, señora: enagenado

en tu hermoso dulcísimo atractivo,

de soldado, de noble y caballero

toda la obligacion puse en olvido;

si no vuelvo por mí, quedo infamado;

tú misma me tendrías por indigno

de tu correspondencia; sobre todo,

la religion me llama; este motivo

ni dilacion admite, ni disculpa;

no te canses, Armida, nada miro

que no sea mi honor; quando le dexé

con mi valor acrisolado y limpio,

quando la Palestina y toda el Asia

doble ya la cerviz al Christianismo,

á amarte volveré.

*Arm.* ¡Vana esperanza

que agrava la pasión con que me aflijo!  
¿ presente me abandonas, y querías  
que ausente confiase? ¡ó desvarío!  
mas si el deseo y ambición de gloria  
alcanzan en tu pecho tal dominio,  
si en el honor te sientes ultrajado,  
que te ausentes, Reinaldo, no resisto,  
mas no tan pronto y repentinamente;  
espera un solo día, mas no pido,  
para que mi constancia se disponga  
á resistir tan bárbaro martirio.

*Rein.* ¿Qué me dices, Ubaldo?

*Ubaldo.* Que partamos:

qualquiera dilación es un peligro  
irresistible.

*Rein.* Un solo día pide:-

*Ubaldo.* ¿Ya tu valor vacila? al mar, amigos;

quédate á tus placeres entregado,  
mientras al gran Gofredo repetimos  
que una débil pasión vencer no sabe,  
quien presumía tanto de sí mismo;  
y que la insignia que le cruza el pecho,  
aun no pudo excitar en su alvedrio  
sentimientos de honor.

*Rein.* Detente, Ubaldo;

no me abandones, llévame contigo.

*Arm.* Hombre de crueldad, hombre insensible,  
compadece el estado en que me miro.

*Ubaldo.* Muger de perdición, si al jóven amas,  
¿ cómo consientes verle envilecido?

*Arm.* Es verdad, es verdad, búsquese un medio,

que del amor y honor no sea indigno:

mi bien, señor, mi dulce dueño amado,

parte á Jerusalem, parte atrevido

al campo del horror y de la muerte,

pero á lo menos llévame contigo:

yo inseparable compañera tuya

arrostraré los riesgos y peligros,

despreciaré la muerte; en las batallas,

armada siempre del acero limpio,

me verás á tu lado, contrastando

el ímpetu y furor del enemigo;

y quando mas no pueda, el blanco pecho,

este pecho en que vives, á los tiros

ofreceré gustosa del contrario

B

312-

sirviéndote de escudo: estos suspiros,  
 estas lágrimas tiernas que derramo,  
 muevan tu corazón: ¡ay amor mio!  
 ¿cómo podré vivir si tú me dexas?  
 ¿todavía te muestras indeciso?  
 ó llévame cruel, ó aquí me mata,  
 serémos ambos con opuestos visos,  
 tú de perfidia exemplo aborrecible,  
 yo de firmeza exemplo peregrino.

*Rein.* Complacerla quisiera; mas no puedo:  
 ¿dónde hay tormento que se iguale al mio?  
 ¡desdichada hermosura! es imposible,  
 Armida hermosa, lo que me has pedido;  
 la pasión con tu vista alimentada,  
 podía producir nuevo extravío;  
 demás de eso, Señora, tú serías  
 de mis errores el mayor testigo,  
 y Gofredo:—

*Arm.* No mas, no mas, ingrato,  
 bárbaro, desleal, desconocido;  
 si promesas y lágrimas no labran  
 ese vil corazón endurecido,  
 la fuerza bastará: temblad esferas;

*Aquí se figura una tempestad, y se ve á su tiempo zozobrar la nave combatida del mar, cuyo ruido y alteracion se imitará de modo que no estorbe la representacion.*

y tú, espumoso monstruo cristalino,  
 eriza de tus ondas la soberbia:  
 desátense en violentos torbellinos  
 los vientos encontrados; de tinieblas  
 se vea el claro sol obscurecido,

*Se encubre la Nave.*

y abortando las nubes tenebrosas  
 desde sus senos rayos vengativos,  
 esa traidora nave sumergida  
 del proceloso golfo en el abismo,  
 pague su atrevimiento y mi desdicha;  
 vete ahora, tirano, halla camino  
 para tu aleve fuga, si pudieres.

*Ubald.* Maga vil, tus fantásticos prodigios  
 no pueden deslumbrar mi entendimiento;  
 nada temas, Reinaldo.

*Rein.* ¿Qué he oído?  
 ¿yo temer? ó qué en vano, incauta Armida,  
 te pretendés valer del artificio  
 ó del poder (que todo lo desprecio,  
 solo atento á mi honor): quantos más grillos

aparentas poner á mi partida,  
 tanto vas decayendo en mi cariño.  
*Arm.* ¡Ah traidor! ¿no bastaba tu perfidia  
 sin añadir insultos? pero impío,  
 aunque pierda tu amor, aunque con odio  
 mires á la que un tiempo dulce hechizo  
 de tu pecho y tu vida la llamabas,  
 ya que en tu corazon no hallan partido,  
 ni sus lágrimas tristes ni sus ruegos,  
 no saldrás de esta Isla; aquí cautivo  
 has de vivir, ingrato, eternamente,  
 sin que humano poder llegue á impedirlo.

*Arca*



*Rein.* Pues vive Dios, Armida, que á lo ménos  
 quando vencer no pueda tus prodigios,  
 inútiles haré tus intenciones,  
 para que sepan los futuros siglos  
 que por salvar mi honor perdí la vida:  
 cuenta, Ubaldo, á Gofredo lo que has visto;  
 recibe, ó mar undoso en tus cavernas  
 un mísero infelice::-

*Va á arrojarse, y ella le detiene apresurada, y dice con mucha pasion.*

*Arm.* Tente, impío:  
 ¿hasta dónde conduces el extremo  
 de la fiera? tente; ya tranquilo

*aclara por a por a*

*Salte la Nave.*

se muestra el mar; el Iris se despliega,  
 por la region del ayre cristalino,

*Vese en accion todo lo que dicen los versos, y si pareciere, puede añadirse la vista del sol en los últimos términos de la marina.*

entra en tu nave, parte, que yo sola  
 anegada en sollézos y suspiros,  
 abandonada, triste, y sin consuelo,  
 me quedaré á morir del dolor mio.

*Cae desmayada.*

*Rein.* Mi bien, mi dulce amor::-

*Ubaldo.* ¿Qué haces, Reinaldo?

aprovecha momento tan benigno.

*Rein.* ¡Ah! no estaba mi alma preparada  
 á resistir tan bárbaro conflicto!  
 la muerte en palideces se difunde  
 por su semblante lánguido y marchito.

*Unca*

*Ubaldo.* No la mires, y aumentes mas tu pena;  
 toda piedad ahora es un delito.

*Rein.* Es verdad, es verdad; pero dexarla  
 entregada á mortales parasismos,  
 solo en un corazon de bronce cabe:  
 ¡dura ley del honor! ¿tan exquisito,

*Jy* y tan nuevo linage de tormento  
 estaba reservado al pecho mio?  
 ¿qué haré? soy un cruel si la abandono,  
 sin honor si quedarme determino:  
 ¡quién tuviera dos almas!

*Ubaldo.* Acabémos;

que no puedo sufrir ver tan remiso  
 un campeon christiano, que las voces  
 de honor y religion oye tan tibio.

*Rein.* Dices muy bien; respetos tan sagrados  
 deben preponderar: Cielos divinos,  
 conservad su hermosura desdichada,  
 y haced que sus afectos dé al olvido.

*Música propia de la situacion, durante la qual Reinaldo es llevado con al-  
 gun género de violencia á la nave por Ubaldo: vuelve varias veces á mi-  
 rarla, por fin se embarcan, y Armida recobrándose, dice:*

*Armida.* Reinaldo::- mi señor::- ¡pero infelice!

á nadie veo: ¿á quién mi voz dirijo?  
 fuese, dexóme en soledad amarga,  
 en triste soledad, sin que á impedirlo  
 bastasen quejas, lágrimas, ni ruegos,  
 ni de dolor tan duro lo excesivo!

hombre sin compasion, hombre sin alma,

¿y tú eres noble? no; tú no has nacido  
 de la hermosa Sofía, ni en tus venas  
 corre la sangre Estense; tus principios

de fiera te acreditan, yo engañada,  
 te entregué un corazon amante y fino,  
 creyendo fuese el tuyo semejante:

¡ciego funesto error! pues que ya he visto

que en él únicamente la inconstancia,  
 perfidia, y falsedad tienen abrigo.

¿A sacarte viniéron de mis brazos?

¡Ay! ¡ó cuánto mejor hubiera sido  
 no haberte nunca en ellos estrechado!

pérfido, me engañaste: lo mas vivo  
 del tierno corazon me has penetrado:

se acabó mi esperanza; aún el alivio  
 de la queja es inútil; si así pagas

un entrañable amor, dí ¿qué castigo  
 en tu perjuero, en tu alevoso pecho

reservas á quien te haya aborrecido?

Asperos montes, intrincadas selvas,  
 desiertos valles, solitarios riscos,

que mirais mi desdicha y abandono,  
 mis penas compartid, llorad con migo.

*Mientras toca la música, ella queda apoyada á un bastidor como abismada en su sentimiento; luego mirando al mar, dice:*

Vuelve, perjura robadora nave,  
que me llevas el alma y los sentidos;  
vuelve, vuelve la proa, todavía  
te falta el mejor peso: yo deliro,  
y clamo en vano. Monstruo aborrecible,  
que sordo á mi dolor y mis gemidos,  
sola la voz de la ambicion escuchas  
de la vana ambicion; si los suspiros  
de un corazon doliente mover pueden  
la piedad de los Cielos compasivos,  
yo su justicia invoco, ellos castiguen  
tu perfidia cruel; dardo enemigo  
el aleroso pecho te atraviere;  
mas no; seria dulce este castigo  
para un traidor tan vil y abominable;  
muera del mal que muero, aborrecido  
y abandonado de otra á quien él ame,  
como yo le amo á él: ¿pero qué digo?  
si es verdad que le amo, ¿cómo puedo  
sus males desear? No, dueño mio;  
sé feliz; la Deidad de las batallas  
de lauros te coroné; el paganismo  
doble á tu diestra el indomable pecho;  
la gran Salem, despojo de tu invicto  
y valeroso brazo, á tí se rinda;  
toda el Asia sujeta á tu dominio,  
por su Rey te apellide; estos deseos  
son los de aquella Armida que has podido  
abandonar á su dolor tirano,  
pero que siempre fina te ha querido,  
te quiere, y te querrá, mientras no cierre  
en sempiterna noche el duro filo  
de la parca sus ojos lastiméros,  
y baxe á las mansiones del olvido,  
donde habita el horror, mas donde solo  
podrán mis penas encontrar alivio.

*Mientras toca la música, queda consternada, pasa á lo lejos la nave, y ella al verla, hace las demostraciones de dolor, propias de los recuerdos que debe inspirarle semejante vista; luego animada dice:*

Mas ¿por qué desespero? ¿Soy yo Armida,  
Princesa de Damasco, aquel prodigio  
á quien el orbe todo está sujeto?  
¿pues cómo débil al dolor me rindo?  
él me amaba; no pudo en un momento  
olvidarse de mí: quien ama fino,

difícilmente borra de su pecho  
la imagen del imán de su alvedrío;  
¿pues por qué me detengo? ¿por qué tardo?  
*Abre las puertas tenebrosas, abismo;*  
*A este verso comienza una música lúgubre, pero que no impida la representación, y sigue hasta el fin de la escena.*

venid al punto, genios infernales,  
*Aparecen varias figuras representando lo que dicen los versos, con antorchas encendidas.*

y pues de mi abandono ni aun testigos  
mudos pretendo que en el orbe queden,  
incendiad esta Isla.

*Cruzan las figuras por el Teatro, y del fondo salen varias llamas, que representen el incendio.*

En su distrito  
árbol, ni flor, ni planta permanezca;  
todo quede á pavesas reducido;  
todo perezca, pues murió mi dicha;  
arded, campos, arded; exemplo digno  
sed del incendio que me abrasa el pecho.  
Ven, esperanza dulce, amable hechizo  
del universo, ven, y reanima  
mi corazón doliente y afligido,  
que yo en fogoso carro conducida,

*Aparece un carro de fuego, con alusión á la situación.*

por la region del ayre al fugitivo  
objeto de mi amor seguir resuelvo.

*Sube.*

Reinaldo, espera, aguarda, dueño mio;  
que Armida mas que nunca enamorada,  
creciendo su pasión con tus desvíos,  
á buscarte camina presurosa  
con corazón amante y encendido,  
ó á prenderte de nuevo en su hermosura,  
ó víctima morir de tu cariño.

*Baylan y se hecha el telon.*

*hasta q. suba  
el telon*

Se hallará en la Librería de la Viuda é Hijo de Quiroga,  
calle de las Carretas, con un gran surtido de Comedias  
antiguas y modernas, Piezas en un acto, Saynetes, En-  
tremeses, &c.

Aprobada. Madrid 6. de Julio de 1870

*Arribas*



SEÑAL O BERCEÑO, CARRERA  
PRINCIPAL Y REDENCAVA  
CALLE DE SAN OLIVERO

El año de mil y noventa y tres





Libro de cuenta y acis matancie.

SEXTO TERCERO, CIENTO  
TREINTA Y SEISMARAVEDIS,  
AÑO DE MIL OCHOCIENTOS Y  
SETE.



ESTADO DE MI CONDOMINIO  
 DE LA VILLA DE VALENCIA  
 EN EL AÑO DE 1784  
 EN EL MES DE JUNIO  
 EN LA CIUDAD DE VALENCIA

El Sr. D. Juan de S. y S. y S.